

## EL AMOR A LA PALABRA EN JULIÁN MARÍAS

RAFAEL MIR JORDANO  
ACADÉMICO NUMERARIO

No es una cita, es un recuerdo. Cuando hace ya muchos años se resolvió vulgarizar los textos de la liturgia católica, leí con atención los lamentos escritos por Julián Marías en la tercera de ABC, por la substitución de la palabra morada por casa, en la frase “no soy digno de que entréis...”. Razonaba que aun siendo sinónimos, la palabra morada era sutilmente más adecuada para la referencia a la recepción de Dios, que la palabra casa de uso ordinario, y mucho más prosaica. No retengo los razonamientos demostrativos que proponía, pero a mí se me ocurren varios ejemplos; éste es uno: un libro de poemas amorosos podría titularse perfectamente “La morada del amor”, en tanto que “La casa del amor” sería un título apropiado para una novela de prostitución.

Es sabido que el oficio de escribir es el ejercicio de escoger las palabras adecuadas, para formar las frases convenientes y para transmitir eficaz y sugestivamente las ideas o las historias que el escritor imagina para el lector. Y claro es que esa selección sólo se puede hacer con acierto, presupuesto el conocimiento del idioma, con mucho amor a la palabra, a la que se trata con la delicadeza con que el joyero trata la piedra preciosa que engasta en el oro, aunque, eso sí, a toda la velocidad de que son capaces los dedos de correr por el teclado o de manejar la pluma.

Pues bien, siempre he podido constatar en Marías ese amor a la palabra, que me puso en evidencia su comentario sobre el cambio litúrgico. Amor que se traduce en afán de precisión y que lleva, de forma muy consciente a la exactitud en la formulación de ideas, que eso es, al fin y a la postre, el oficio de filosofar.

Pero como las palabras son conceptos para un filósofo más que para nadie, y siempre hay conceptos predilectos, no puede extrañar que sea fácil constatar en Julián Marías la predilección por ciertos vocablos que convive, en la otra cara de la moneda, con la preferencia por ciertos temas.

Por cierto que Rafael Ansón en el libro homenaje a que recurriremos más de una vez<sup>1</sup>, tras reconocer que Marías es un extraordinario articulista, afirma que “las ideas y las palabras son el arma más poderosa que tiene el ser humano”. Oportuno y evidente.

\*

Con todo ello vamos a hacer un amable galimatías en honor de quien recientemente ha fallecido, de quien –historiador, introductor y biógrafo de la filosofía– destacó sin ambages que de los ocho filósofos importantes de la historia de la filosofía española, tres son cordobeses.

<sup>1</sup> AA.VV. “Un siglo de España. Homenaje a Julián Marías”. Alianza Editorial, Madrid, 2003 (Primera reimpresión). Pp. 50 y 51.

Constato que no recuerdo haber leído con motivo de la muerte de nuestro autor ninguna alusión andaluza a los orígenes íntegramente andaluces por su estirpe materna, resaltados paladinamente por él<sup>2</sup>, y lo que es más grave, que nadie ha recordado, que yo sepa, la importancia para nuestra realidad nacional andaluza de su obra “Nuestra Andalucía”, de la que el propio autor escribió:

*Es uno de mis libros preferidos, escrito con ilusión, con extraordinaria complacencia, como una experiencia vital y literaria que es la razón de que en él aparezcan algunas ideas filosóficas que me parecen importantes y que han alcanzado madurez y desarrollo en otros libros<sup>3</sup>.*

Pero me temo que no es solo flaca la memoria andaluza que olvida un agradecimiento debido, sino que es general, entre la gente joven, el desconocimiento de la circunstancia humana del personaje.

He aquí algunos datos o flashes sobre él, antes de volver al mundo de la palabra:

1. Tenía cierta tendencia acumulativa, sobre todo de libros<sup>4</sup>; él mismo reconocía que su casa encerraba millares de libros<sup>5</sup>.
2. Su conocimiento y dominio de lenguas vivas y muertas era sencillamente pasmoso: Leopoldo Calvo Sotelo recuerda que cuando Zubiri pronunciaba alguna de sus famosas lecciones, preguntaba frecuentemente a Marías, sentado en primera fila, “complementos o precisiones de sus frecuentes citas en griego”<sup>6</sup>.

Su hijo Javier escribe: “...yo lo he visto siempre leer en latín al filósofo Suárez y en griego a Aristóteles, en alemán a Heidegger y en inglés y francés, respectivamente, a sus favoritos Conan Doyle y Simenón...”<sup>7</sup>.

El propio Julián Marías, al referirse en sus Memorias a sucesivas conferencias dadas en Universidades Holandesas, cuenta con la mayor sencillez lo siguiente: *Las conferencias destinadas a hispanistas las di en español, las que tenían un público general o de tendencia filosófica en inglés; en Nimega me habían sugerido el francés, y así iba a darla, pero al ir a empezar me dijeron que el inglés era preferible; hice una consulta al público, y la respuesta fue abrumadora por esta última lengua; dije unos párrafos iniciales en francés, para ser fiel al anuncio, y seguí en inglés<sup>8</sup>.*

Por cierto que en estos tiempos, en que el Estatuto Catalán es tema palpitante, convendría recordar que Lázaro Carreter afirmaba<sup>9</sup>, que “las relaciones entre las lenguas castellana y catalana han formado parte principal de las preocupaciones españolas de Julián Marías”.

3. Sabemos que, en España al menos, somos muy cicateros a la hora de pagar trabajos y servicios culturales –conferencias, artículos...– y de ellos vivía precisamente nues-

<sup>2</sup> Marías, Julián. “Una vida presente. Memorias 2”. Alianza Editorial. 1ª reimpression, Madrid, 1989, pág. 224.

<sup>3</sup> Loc. Cit. Pág. 225.

<sup>4</sup> Cfr. Marías, Miguel. “Sospechas sobre mi padre” en “Homenaje a Julián Marías. Un siglo de España”. P. 196 .AAVV. Alianza Editorial, 1ª reimpression, Madrid 2003. En adelante, “Homenaje ...”

<sup>5</sup> Marías, J. Memorias 2, 234

<sup>6</sup> Op. Cit. “Homenaje...” ,pág. 66

<sup>7</sup> Marías, Javier. “Homenaje...” pág. 191

<sup>8</sup> Marías, Julián. Memorias,....., 2 cit. pág. 236

<sup>9</sup> Lázaro Carreter, Fernando, “Homenaje...” p. 165

tro autor. No ciertamente con holgura. Recuerdo haberle leído que en cierta ocasión iba con su mujer a visitar a un matrimonio amigo e ilustre, y que fueron andando, por no tener para el taxi. En el trayecto bromearon los esposos con lo que pasaría si la anfitriona ofrecía, como solía hacer, alguna papeleta para una rifa benéfica. Esto ocurriría en un mal día de aquellos tiempos en que él y su adorada Lolita<sup>10</sup> criaban los hijos.

4. En la guerra civil fue encarcelado durante tres meses por una acusación falsa y en 1950, nuestro hombre, que venía publicando desde 1934, fue vetado para acceder a la cátedra que Ortega dejó vacante. En cambio, las principales universidades norteamericanas lo llamaron para impartir cursos como profesor invitado.

El reconocimiento español fue casi siempre tardío: en 1964 fue elegido miembro de número de la Real Academia Española; el 15 de junio de 1977, el año que enviudó, fue designado por D. Juan Carlos senador real, y tres años más tarde la Universidad Nacional de Educación a Distancia le concedió la recién creada Cátedra José Ortega y Gasset de Filosofía Española, satisfaciendo tarde y solo en parte su vocación fundamental. En sus Memorias puede leerse<sup>11</sup>:

*Mi vocación de profesor ha sido muy viva, desde joven; he dicho muchas veces que ante una clase me siento feliz durante sesenta minutos, pase lo que pase. Por eso el no tener alumnos españoles regulares y en continuidad ha sido una pérdida irreparable para mí, solo parcialmente compensada por las otras formas de docencia o por los escritos.*

5. Son muchos los que recuerdan que Marías era en sus últimos años un habitual de la tercera de ABC, pero pocos, que fue fundador del diario “El País”, en el que publicó más de ochenta artículos, cifra importante para quien escribe y publica con la intermitencia propia de las páginas de opinión.

\*

Volvamos a la palabra. Marías reiteró que su trabajo o menester principal era el de escritor<sup>12</sup>. La explicación está sintetizada en una apreciación de su amigo Helio Carpintero<sup>13</sup>; decía el amigo (por cierto vicepresidente de FUNDES y presentador del libro homenaje, copatrocinado por dicha entidad) que Julián Marías era pensador para el gran público, esto es, escritor en la prensa y disertador en foros abiertos, “por estrictas necesidades de economía y también por razones de una vocación enorme de escritor”.

Julián Marías recordó más de una vez esta sentencia de Ortega de 1908: “O se hace literatura o se hace precisión o se calla uno”<sup>14</sup>. A continuación de la que ahora cito añadía muy personalmente: “...llegaremos a descubrir que *sólo con literatura se puede lograr cierta precisión superior*, que para hacer precisión no hay más remedio que hacer literatura. ¿Cuál? Ésta es la cuestión”.

Claro: la cuestión es el empleo de la palabra; la justa, la más significativa, la menos equívoca... La elección de esa palabra y su lugar en la frase es hacer literatura, escribir bien.

La palabra, el uso de la palabra, puede tener dos fines muy distintos: la diagnosis o

<sup>10</sup> Su esposa, su primera lectora, como asegura su hijo Miguel. Vid. “Homenaje...” pág. 194

<sup>11</sup> Memorias 2 cit. pág. 306

<sup>12</sup> Marías, Julián. “Memorias 2...” págs. 234 y 303.

<sup>13</sup> Carpintero, Helio. “Homenaje...” pág. 12

<sup>14</sup> Cfr. Marías, Julián. “Ortega. Circunstancia y vocación”. Alianza Editorial, Madrid, 1984 (2ª edición), pág. 249.

el juicio, y el punto de partida o de llegada de fructíferas meditaciones.

En Julián Marías podemos encontrar muchos ejemplos de estas dos perspectivas.

Adolfo Suárez, desde su óptica de gobernante, concreta su admiración por el profesor sin cátedra, con la siguiente afirmación: “Sintetizó en dos palabras la esencia del cambio político: primero la liberalización; después la democratización”<sup>15</sup>.

Puede enhebrarse a esta exaltación de ciertas palabras, lo que publicó el poeta español Antonio Aparicio el 22 de marzo de 1964 en “El Nacional” de Caracas. Aparicio fue por azar asistente a una conferencia de Julián Marías en Sevilla:

*Julián Marías, filósofo español, ha venido a Sevilla a hablar, y lo ha hecho claramente, El hombre cauteloso, acaso medido en exceso, que nos ha parecido otras veces Julián Marías, no es el hombre que ha bajado esta vez a Sevilla... Ha dejado un excelente cartel en Sevilla. Ha hablado sobre la vida española en el siglo XX. Y lo ha hecho dejando dichas unas cuantas palabras verdaderas.*

Tanto satisfizo al filósofo esta mención, que la reproduce literalmente en sus Memorias<sup>16</sup>, resaltando en negrita, como hacemos en este texto, la expresión final unas cuantas palabras verdaderas.

Palabras verdaderas, oportunas, esclarecedoras, bellas, sugerentes, predilectas... ¡Quién pudiera cubrir la lápida de su mausoleo con cientos de ellas!

Además de palabras predilectas hay expresiones que gusta asignar. Así, como recuerda Lamela<sup>17</sup>, a Marías le gustaba utilizar —sospechamos que sólo podía hacerlo de tarde en tarde— la expresión “actual y decente”.

¡Cuántos actuales indecentes! ¡Cuántos decentes inactuales!

Marías, por otra parte, tuvo predilección por palabras tan incitadoras como verdad, persona, instalación, libertad, circunstancia, vocación, ilusión, felicidad, tiempo...

La palabra persona ha servido de título a un libro de nuestro autor, que recomendamos<sup>18</sup>, pero en el que no nos atrevemos a adentrarnos. Por enlazar con la actualidad de estos tiempos de feminismo *posoportuno* y de cantos a la promiscuidad y a una igualdad absoluta, físicamente imposible (con esto no queremos decir que nos parezca mala nuestra hora) voy a traer a nuestra atención un par de observaciones del capítulo “La persona y su diversificación: varón y mujer” de su obra “*Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*”<sup>19</sup>.

En una parte se dice: *La exigencia de la moralidad se condensa en la aproximación, hasta el límite de lo posible, al último núcleo de la realidad humana [...]. Esta realidad existe radicalmente en dos formas, a la vez inseparables e irreductibles: varón y mujer...*

Y un poco más adelante esto otro:

*Hay dos versiones de cuanto se hace con significación moral, pero ambas lo son del mismo núcleo personal: el varón es persona masculina, la mujer, persona femenina; el error puede consistir tanto en la omisión del común carácter personal como en la esencial y recíproca diferencia.*

<sup>15</sup> Suárez, Adolfo. “Homenaje...”, pág. 368.

<sup>16</sup> Marías, Julián. “Memorias 2...”, pág. 220

<sup>17</sup> Lamela, Antonio. “Homenaje...”, pág. 163,

<sup>18</sup> Alianza Editorial, Madrid, 1996.

<sup>19</sup> Alianza Editorial, Madrid, 1996 (4ª reimpresión). Págs. 155 y ss.

A poco que se medite se entiende bien que no estamos en presencia de la afirmación de un hecho obvio, sino de una buena incitación a un examen de conciencia, en el que averiguar dónde está nuestro error, si es que lo estamos cometiendo.

\*

No me resisto a transcribir el primer párrafo de un artículo publicado por Julián Marías en el año 2000 y que se titula “Tres palabras”<sup>20</sup>:

*Tengo predilección por algunas palabras de la lengua española que son peculiares de ella, que tienen equivalentes solamente aproximados en otras y que son lo que podríamos decir “elásticas”, que pueden dilatarse y recibir diversos significados, algunos de ellos ligados a dimensiones profundas de lo humano, y que por eso son capaces de expresar secretos de la vida humana o de lo que ha sido nuestra historia, y por ello son claves de nuestras posibilidades.*

Las palabras son “gravedad”, “holgura” y “sosiego”. Pero aunque es tentador hacer la glosa del artículo, me limito ahora a descubrir con gozo que acerté al incluir la palabra “ilusión” entre las predilectas del autor.

He aquí lo que escribe acerca de tal palabra:

*Uno de los ejemplos más extraordinarios es la palabra “ilusión”, común al latín originario y a multitud de lenguas modernas, pero que en español adquirió un nuevo sentido positivo en la época romántica, de incomparable riqueza y hondura, y que es privativo de nuestra lengua.*

Está claro que desde la atalaya del conocimiento de varias lenguas hay un vasto horizonte de comparaciones posibles, absolutamente compatible con la contemplación minuciosa de una palabra española mínima y aislada.

Un artículo de Julián Marías de 1998<sup>21</sup> tiene este comienzo:

*Unamuno distinguía entre los que piensan para escribir y los que escriben porque han pensado. Recuerdo haber propuesto una tercera posibilidad: escribir para pensar.*

Aun es posible añadir una cuarta, conciliadora, que he considerado en más de una ocasión, cuando se me ha preguntado con curiosidad o malicia que porqué escribo y publico. Escribo porque he pensado y para pensar mejor, o lo que es lo mismo: escribiendo mis pensamientos los mejoro, los pulo, o los suprimo, porque escritos no me parecen válidos. Incluso las dimensiones que limitan las colaboraciones periodísticas ayudan a suprimir lo superfluo, y conste que pueden resultar superfluas frases y elucubraciones que nos gustaban en su primera formulación. Y quizá no son malas; sencillamente son prescindibles, si es que no sobran...

Vuelvo a Marías. En el artículo que estoy glosando se formula con la precisión habitual del autor una idea que hemos oído y expresado con frecuencia, especialmente al referirnos a los medios de comunicación y a los métodos actuales de enseñanza:

<sup>20</sup> Acuda el lector a “Conoce y comunica”, ConoZe. Com, que ofrecía cuando lo consulté recientemente 328 documentos de nuestro autor.

<sup>21</sup> Vid. Nota 1.

*La lengua es el gran instrumento, pero a la vez exige que se cumplan sus requisitos. La lengua conduce al pensamiento, y el general descenso lingüístico en casi todas partes es la causa de la evidente crisis del pensamiento. Gran parte de lo que se "dice" no es lenguaje, sino meros restos de lo que puede y debe ser.*

En el año 2000 Julián Marías publicó un artículo, "Palabras peligrosas"<sup>22</sup> que parece inspirado por actitudes de hoy mismo. Al leer las palabras que voy a transcribir sentí el escalofrío de ver puesto por escrito una idea que me asalta una y otra vez, habitualmente como espectador de telediarios:

*El conjunto que indican petición es muy amplio. Se propone, se sugiere, se ruega, se solicita. Lo frecuente ahora es que se exija. Exigir es un verbo imperativo, casi siempre adusto, con frecuencia despectivo, muchas veces imposible. Son innumerables las cosas que no se pueden exigir, y todavía más las que no se deben exigir.*

Cuenta Marías el siguiente despropósito presenciado por él en Argentina durante la última enfermedad de Eva Perón, la mujer de quien gobernaba el país. En una exaltada y emocionada alocución, su capellán dijo: "Exigimos a Dios la salud de la señora Perón". Como era de temer, Evita murió poco después.

Como si estuviera oyendo a algunos políticos de hoy mismo, frecuentemente de la oposición, que en vez de proponer ideas o actuaciones recitan cada día la letanía de las exigencias (dimisiones, renunciaciones, rectificaciones, comparecencias, retiradas de proyectos, aperturas de comisiones, cierres de comisiones, destituciones...) sigue Marías:

*Lo más inquietante es que ese verbo introduce en la lengua, muy especialmente la política, un tono de desabrimiento; significa una perturbación de la convivencia, de la cordialidad, incluso de la buena educación. Todo el que propone o reclama algo, o tiene una iniciativa, exige. Lo hacen tantas veces los partidos políticos, los sindicatos, las corporaciones, hasta los individuos. Creo que es un error, un atentado a la convivencia y a las buenas maneras.*

Fin de cita. Ahí queda eso.

Y como no quiero terminar en clave política, voy a concluir de una manera que no es de mi gusto y que, por tanto, tardaré en perdonarme: con un estrambote poético, y no precisamente de un poeta. Los siguientes versos son de Fernando Chueca Goita<sup>23</sup>.

Julián Marías tus libros bien leídos y anotados,  
 Son fuente de rigor y de elegancia  
 Pero son algo más,  
 Enseñan a vivir entre personas,  
 Amar la libertad y pregonarla.  
 Yo te saludo.

<sup>22</sup> Vid. Nota 19.

<sup>23</sup> En "Homenaje...", pág. 96